

HOMILÍA EN LA ORDENACIÓN DIACONAL DEL SEMINARISTA ANTONIO MARRERO DIAZ
Iglesia Parroquial Mayor de “San Jerónimo” – Las Tunas 3 de marzo de 2018
Mons. Emilio Aranguren Echeverría, Obispo de Holguín

Queridos hermanos todos:

Antonio y su familia (Toñito), P. Mariano Herrera, Rector del Seminario “San Carlos y San Ambrosio” de La Habana. P. Víctor Hernández, Vice-Rector del Seminario “San Basilio Magno” de Santiago de Cuba. Sacerdotes venidos de otras diócesis, especialmente los compañeros de grupo de Antonio. Queridos seminaristas. Queridos miembros del presbiterio diocesano, vida religiosa y fieles laicos.

Me hago una pregunta, “si esto es para el diaconado ¿qué será para el presbiterado?”. Para ti, querido Antonio, esta expresión de cariño y cercanía por parte de tus formadores, compañeros, amigos y comunidades, entraña un compromiso. Recuérdalo siempre y agradéclo. (Personalmente mucho lo agradezco)

Gracias, P. Ángel Andrés, como Vicario Episcopal, así como a las comunidades parroquiales de Manatí, San Jerónimo y las de esta ciudad, en las que Antonio fue acogido y está transitando en este año de experiencia pastoral parroquial.

Un día del pasado octubre o noviembre, fui a celebrar a Manatí -parroquia en la que Antonio realiza esta experiencia- y una señora me dijo: “Padre, ¿por qué no acaba de ordenar a Antonio como cura?”. Sonreí, le di una palmadita en el hombro, y le dije: “Al igual que a Jesús, a él también le llegará la hora”.

Es casi seguro que, al igual que esta hermana, otros se hacen la misma pregunta de por qué esta espera. La razón es sencilla al leer el párrafo 74 de un documento eclesial que marca pautas para la formación sacerdotal:

“La etapa pastoral (o de síntesis vocacional) incluye el período entre el fin de la estancia en el Seminario y la ordenación presbiteral, pasando obviamente a través de la recepción del diaconado. La finalidad de esta etapa es doble: se trata, por un lado, de insertarse en la vida pastoral, mediante una gradual asunción de responsabilidades, con espíritu de servicio; por otro lado, de esforzarse en adquirir una adecuada preparación, recibiendo un acompañamiento específico con vistas a la recepción del presbiterado”.

Esto es lo que está viviendo Antonio en este período, después de haber concluido su etapa de formación institucional, tanto en el Seminario de Santiago de Cuba -durante la Filosofía- como en el de La Habana, en la etapa teológica. A ello, además de lo que ha estudiado y orado, ahora se añade la síntesis pastoral en una relación estrecha con el pueblo, al que él se dispone a servir como “hombre de la comunión” (Pastores dabo vobis, 18, Ratio 52), algo esencial en la vida y ministerio de un sacerdote-pastor en Cuba.

Hace poco, en El Cobre, durante un encuentro en el que participaron los sacerdotes de esta provincia eclesiástica, sugirieron que se invitara a recordar el modelo de presbítero que solicitaron las comunidades cristianas cuando celebramos, en 1986, el Encuentro Nacional Cubano (nn. 640-645) y que se resume así:

- Hombre de Dios, de vida interior, que actúe movido por criterios evangélicos,
- Hombre de la misión, preocupado por el anuncio de la Palabra, con celo apostólico, entrega generosa y espíritu creador,
- Hombre de la comunión” con su obispo, presbiterio diocesano, religiosas y laicos, que sea entusiasta y dinámico, insertado en el pueblo y en la realidad cubana, que sea capaz de dialogar y de ayudar a las comunidades a ser dialogantes; bondadoso, discreto, desinteresado, sencillo y de buen carácter.

Llama la atención -al leer este perfil o modelo del cura al que nuestras comunidades aspiraban hace más de 30 años- la insistencia en que sea hombre en su modo de conducirse y de relacionarse con los demás. Querido Antonio, esto es primordial. Escuché de labios del querido Mons. Meurice, quien fue Arzobispo de Santiago de Cuba ya fallecido, esta expresión: “El Seminario me formó como hombre; la gracia de Dios me hizo sacerdote”.

Así como hay personas de tu edad que se identifican como “generación Y” (ye), y otros hablamos de la generación de “la década prodigiosa”, hay sociólogos que identifican a tu generación como quienes integran la etapa que ha sufrido “la herida antropológica” del contexto socio-político en el que transcurrió su niñez y primera juventud. Te invito, Antonio, a que no pierdas tiempo en hurgar si es verdad o no, no pierdas tiempo en seguir “viendo y juzgando”, sino fíjate en tu actuar. Por tanto, cuida en ti tres actitudes esenciales para que correspondas a lo que Dios, la Iglesia y el pueblo que te he encomendado espera de ti:

sé hombre que vives en la verdad, lejos de la simulación, las medias verdades o de las mentiras piadosas. Eso no puede aceptarse a un sacerdote. La verdad forma parte de la coherencia de vida.

- Sé un hombre ordenado, que sepas darle peso a lo esencial en la vida y seas capaz de discernir lo que verdaderamente es absoluto de lo que es relativo en el desempeño de tu ministerio... lo importante es tu corazón pastoral.

- Sé un hombre cubano, como lo ideó el Siervo de Dios, el Padre Félix Varela, es decir, “que pienses por cabeza propia”. El Señor Jesús -Sumo y Eterno Sacerdote- te llama “amigo” porque Él te ha dado a conocer el amor del Padre y, por tanto, no tienes que hablar mucho de lo que has aprendido, sino dar testimonio de lo que experimentas y vives. Hoy en día estás llamado a ser más “testigo” que “maestro”.

- Vive esta nueva etapa de vida y ministerio diaconal para que la disposición a ser servidor cale profundamente en ti, de modo que, cuando seas presbítero, continúes siendo servidor y que, al final del “sí” de tu vida -toda para Él, como prometiste hace dos días al hacer tu juramento celibatario -, sea Dios quien te llame diciendo: “Ven, Antonio, siervo bueno y fiel, en lo poco has sido fiel, pasa al banquete de tu Señor” (Mt. 25,23).

Recuerda que el fundamento de Jesús para vivir su misión como Servidor del Padre fue la humildad, la obediencia y la total entrega (cf. Flp. 2,5-11). No te limites a celebrar litúrgicamente el gesto del lavatorio de los pies en la tarde del Jueves Santo, sino vívelo activamente en el día a día de tu pueblo para que, de esa forma, “tú cansancio a otros descansen”; sin quejarte nunca del ejercicio de tu ministerio, ya que ese es el cimiento de tu caridad pastoral. Para eso has sido llamado por Dios, para “servirle a tu pueblo las cosas de Dios” (Hebr.5,1)

Que el texto de la primera lectura de la carta del apóstol San Pablo a los Efesios continúe marcando tu persona y tu ministerio: “humilde, manso, paciente, capaz de soportar a los demás en el amor, esforzándote por preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”. A lo que añade la invitación que hace Jesús en el Evangelio: “obedece los mandamientos de Dios y permanece en su amor” y, finalmente, cuando hoy -junto conmigo y los demás concelebrantes, (reces) la Doxología que concluye la Plegaria Eucarística y elevas en tus manos el “Cáliz de la Salvación”, experimenta que estás dando gracias a Dios por todo lo que has vivido desde que naciste en La Torcaza, creciste andando por trillos y guardarrayas, fuiste al Pedagógico donde sentiste -después de incorporarte a la comunidad de San Andrés e iniciar tu camino discipular-, el llamado de Dios para ser sacerdote de tu pueblo y, por ello, has vivido nueve años de formación y crecimiento hasta el día de hoy.

Para los que vivimos “el hoy”, “mañana” ya es futuro. Por eso, sabiendo por la fe en Cristo que, cuando te imponga las manos y rece la oración propia de esta Ordenación, quedarás marcado para siempre para ser servidor de tu pueblo, pídele a Dios que configure en ti la imagen de Jesús, Buen Pastor. Eso te ayudará a tomar conciencia de que cuando vas en el camión para Manatí, o en el carahata para el Puerto, o cuando estés esperando la volanta en el Cruce de Dumañuecos, cuando te reúnas con el grupo de iniciación cristiana para hacerles descubrir el amor de Dios o cuando lleves la comunión a un enfermo o consueles a un familiar que ha perdido a un ser querido y, a partir de hoy, cuando bautices o bendigas el amor conyugal de un matrimonio, recuerdes la letra del canto titulado “El peregrino”, que le he pedido al coro que hoy la cante para que todos recemos por ti.

Antonio, acércate a las gentes, sonrío a los niños, escucha a los jóvenes antes de hablarles, expresa tu amistad a todos por medio del saludo, del apretón de manos o del abrazo. Que todos se den cuenta que tú no empuñas ninguna arma porque tu misión es darte y no defenderte. Como pastor -ya lo has hecho- llora con el que llora y, también, comparte el gozo y la alegría de los demás. No te desentendas del gesto caritativo diciendo que eso le toca a Cáritas. Cáritas es una institución, tú eres el pastor y, por tanto, tu servicio te lleva a repartir el pan y a consolar a tantas gentes que te sale al camino. Antonio, continúa siendo un hombre de paz.

Finalmente, un consejo en alta voz. A partir de hoy, todos los días, tan pronto te levantes, haz la señal de la cruz, para que te sientas bajo el amparo de Dios -Padre, Hijo y Espíritu Santo- y reza la jaculatoria que aprendiste a rezar como joven cubano: “A Jesús por María. La Caridad nos une”. Y, cuando termines el día y vayas a descansar, vuelve a hacer la señal de la cruz, porque concluyes la jornada en el Nombre de Dios y no en el tuyo. Que nunca se haga rutina en ti lo que rezamos en la noche: “En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque Tú sólo, Señor, me haces vivir tranquilo” (Ps. 4,9).

Queridos todos, les invito a vivir con fe los signos y oraciones que a continuación celebraremos.